

# Democracia neoliberal y regresión autoritaria en Centroamérica

*Carmen Elena Villacorta*

DOI: 10.54871/ca24dd9c

La ubicación geoestratégica de América Central ha condicionado su historia y es determinante para pensar el istmo en el presente y dilucidar su proyección hacia el futuro. Esa particular ubicación en la geografía del continente –como puente entre las dos grandes masas continentales del norte y el sur, y como estrecho entre los océanos Atlánticos y Pacífico– ha repercutido en la intensidad con la que se han presentado en la región una serie de fenómenos, entre los que cabe enumerar:

1. El desplazamiento violento de las poblaciones indígenas de sus territorios ancestrales hasta muy entrado el siglo xx.
2. La instauración de regímenes autoritarios, sean de carácter militar (Guatemala, Honduras, El Salvador), sean dinastías familiares (Nicaragua), a lo largo de media centuria.
3. El Mercado Común Centroamericano (MCCA), como primera experiencia del proyecto cepalino de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) en América Latina, que generó un período de crecimiento económico que continuó con el patrón de concentración de la riqueza.

4. La puesta en marcha de una “modernización autoritaria” (Turcios, 1993) implementada por nuevas generaciones de militares que intentaron insuflar aires democráticos a sistemas de dominación cerrados a la participación popular, sobre todo de las masas campesinas e indígenas.
5. El surgimiento de un potente movimiento popular contra hegemónico y contestatario que encontró el recrudecimiento del terrorismo de Estado y la contrainsurgencia como respuesta a sus legítimas demandas democráticas.
6. El estallido de la “crisis centroamericana” como expresión de la imposibilidad de las élites dominantes de resolver las contradicciones de un capitalismo periférico, cuasirresidual.
7. El desenlace político de los conflictos armados que partieron en dos las sociedades centroamericanas durante la década de 1980.
8. La embestida neoliberal que vino de la mano de los acuerdos de paz, sin reparar en la acuciante necesidad de atender las heridas dejadas por la guerra.
9. La profundización de la desigualdad, en conjunción con el desarrollo de una serie de avances en materia de democracia procedimental y una débil gobernabilidad que no contribuyó a acortar la extrema polarización social, endémica en la región.
10. El desbordamiento de la violencia social e intersubjetiva, cuyos rostros más lacerantes son las maras y la extrema violencia de género expresada en altas tasas de feminicidio y criminalización de mujeres (algunas menores de edad) por complicaciones obstétricas.
11. El arribo al poder ejecutivo de gobiernos progresistas, herederos del movimiento revolucionario, que no reencauzaron la tendencia estructural de las economías centroamericanas

al endeudamiento y la dependencia, y quedaron subsumidos dentro de la lógica neoliberal.

12. El ascenso y consolidación de regímenes autoritarios que, lejos de afianzar las endeble bases de los procesos de transición a la democracia en la región, han desarticulado la institucionalidad y desarrollan gobiernos regresivos.

Esta enumeración procura describir *grosso modo* un largo y doloroso ciclo, cuyo inicio puede marcarse con el “bautismo en sangre” de la matanza de 1932 en El Salvador –cruento genocidio perpetrado por militares contra pueblos indios y campesinos sublevados–,<sup>1</sup> y que extiende sus tentáculos violentos y autoritarios hasta hoy. En la actualidad, el gobierno salvadoreño liderado por Nayib Bukele y el de Daniel Ortega en Nicaragua son expresiones de la debilidad institucional y de la fragilidad de las democracias regionales. En el afán de entender por qué la “delgada cintura de América” (poético sobrenombre con el que Pablo Neruda bautizó la región) está desandando la senda trágicamente construida hacia la “democratización”, volveremos la mirada sobre el origen de la democracia contrainsurgente o “implantada” (Torres Rivas, 2007), desarrollada en los países en los que se produjeron desafíos revolucionarios: Guatemala, El Salvador y Nicaragua, con activa participación de Honduras.

En 1979, al calor del triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua, Centroamérica se dio a conocer ante el mundo como una región en revolución. Focos guerrilleros y movimientos armados venían desafiando a los ejércitos guatemalteco, nicaragüense y salvadoreño desde la década de 1960. La toma del poder a través de la vía armada por parte del sandinismo terminó de incendiar a la región. En la izquierda insufló expectativas de obtener otra victoria y en la derecha exacerbó el anticomunismo

<sup>1</sup> Entre la abundante bibliografía sobre la matanza de 1932, puede verse Ching, López Bernal y Tilley (2007).

recalcitrante, presente desde la matanza de 1932 en El Salvador. El gobierno sandinista en Nicaragua y el guerrillero Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador se convirtieron en los objetivos militares, políticos y diplomáticos de la guerra de baja intensidad liderada por el gobierno de Ronald Reagan en Estados Unidos (Bermúdez, 1989 [1987]). Honduras pasó a ser retaguardia estratégica para el grupo paramilitar denominado “la Contra” –formado por militares de la ex Guardia Nacional somocista– y territorio aliado para el ejército salvadoreño, ambas fuerzas adoctrinadas, financiadas y lideradas por Estados Unidos (Vallejo, 12-15 de julio de 2010). Durante los años ochenta del siglo xx, América Central ardió en las llamas del ocaso de la Guerra Fría.

Percatarse de la simultaneidad de las dinámicas de guerra y paz que atravesaron al conflicto centroamericano abona a la comprensión del final de la década de 1980, signado por la pervivencia de dos situaciones contrapuestas: la profesionalización, incremento y experticia de los ejércitos, por una parte, y la propagación de un clima favorable al abandono de las armas, por otra. Esto último se encuentra en estrecho vínculo con el fenómeno de “centroamericanización” de la Guerra Fría. Como se ha mencionado, Estados Unidos desarrolló en el área una millonaria guerra de baja intensidad, destinada a desgastar paulatinamente el régimen sandinista y a impedir una correlación de fuerzas favorable al FMLN. Entretanto, Cuba y la Unión Soviética hicieron lo propio proporcionando soporte ideológico y armamentístico a los proyectos revolucionarios en el istmo.

En el caso de Nicaragua, el ejército sandinista llegó a convertirse en el más poderoso de Centroamérica, con aproximadamente setenta mil miembros altamente capacitados para resistir la agresión de la contrarrevolución, la cual estuvo, a su vez, integrada por alrededor de veinte mil combatientes. En el caso de El Salvador, la Fuerza Armada pasó de contar con 16.108 efectivos en 1979 (en el momento de la delicada coyuntura prebélica) a tener 63.175 miembros en sus filas en 1991, especialmente entrenados en tareas

contrainsurgentes. Por otra parte, en el FMLN, aunque la cantidad de hombres-arma varió a lo largo del conflicto, tras la firma de los Acuerdos de Paz se contabilizaron trece mil beneficiarios de los programas de reinserción (Córdova Macías et al., 2007, p. 60).

En Nicaragua, pese al éxito militar del ejército revolucionario, la derrota le sobrevino al sandinismo en la arena electoral. En El Salvador, las ofensivas guerrilleras no solo se mantuvieron, sino que se recrudecieron en el período en el que la Comandancia General llevaba a cabo las negociaciones que pondrían fin a la guerra. “Paradójicamente, en la misma medida que las fuerzas revolucionarias incrementaron su poderío militar, las perspectivas de alcanzar el triunfo y consolidar exitosamente un sistema político alternativo se fueron esfumando” (Vázquez, 1999, p. 222). Aquella “crisis centroamericana” se resolvió por medio de elecciones y acuerdos de paz. En Nicaragua, Violeta Chamorro venció en las urnas a Daniel Ortega en 1990. En El Salvador, el FMLN desarrolló la negociación con el entonces gobernante partido de extrema derecha Alianza Republicana Nacionalista (ARENA). Y en Guatemala también firmaron Acuerdos de Paz el frente guerrillero Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) con el conservador gobierno del Partido de Avanzada Nacional (PAN).

### **Auge y declive de la “pacificación” y la “transición a la democracia”**

En el escenario de la posguerra fría, con el derrumbe del Muro de Berlín, la URSS en proceso de desarticulación, el cierre de la “era Reagan” en Estados Unidos y el final de las luchas revolucionarias centroamericanas, se abrió un nuevo capítulo en la historia regional: el de la “pacificación” y la “democratización”. Quizá sea el salvadoreño el caso más emblemático de esa transformación política. Los Acuerdos de Paz de ese pequeño país se celebraron en el Castillo de Chapultepec, en la Ciudad de México, el 16 de enero de 1992, en

un acto solemne, altamente celebrado en El Salvador y el mundo. El gobierno mexicano, entonces presidido por el priista Carlos Salinas de Gortari, ofició de anfitrión del momento histórico en el que, tras un espinoso proceso de negociación mediado por las Naciones Unidas, la comandancia guerrillera y el gobierno del “pulgarcito de América” se estrecharon las manos y firmaron la paz. Tanto el nutrido grupo de representantes de diversos sectores que asistieron al evento –desde presidentes hasta líderes sindicales–, como las bases sociales y políticas de los bandos enfrentados en El Salvador celebraron con visible entusiasmo lo ocurrido.

La comunidad internacional tenía los ojos puestos sobre el caso salvadoreño. El país más pequeño de América había logrado terminar por la vía pacífica un enfrentamiento bélico que a lo largo de doce años desangró y forzó al desplazamiento a su población de poco más de cinco millones de habitantes. Como corolario del tenso proceso de negociación que se había estado llevando a cabo durante dos años en Ginebra, México, San José, Caracas y Nueva York, la izquierda y la derecha salvadoreñas celebraban juntas la paz. Tal clima conciliatorio dio pie para esperanzarse con que había triunfado el poder del diálogo sobre el poder de las armas, con que había triunfado la razón sobre la fuerza. Las Naciones Unidas, cuyo papel fue determinante en el exitoso desenlace, calificaron de “impecable” el modo en el que los Acuerdos pusieron fin a la guerra.

Centroamérica ingresó de lleno a una nueva época marcada por el cese del mundo bipolar, en el que el capitalismo y la democracia se erigieron como paradigmas triunfantes y excluyentes de utopías poscapitalistas, revolucionarias. El presunto “fin de la historia” se expresó en la región como la punta de lanza hacia la transición democrática, en un lugar del orbe carente de práctica y cultura democráticas.<sup>2</sup> Se instrumentó así el camino a la neoliberalización de la región.

<sup>2</sup> De aquí que el sociólogo guatemalteco Edelberto Torres Rivas (2007) explique el arribo de la democracia a la región como una “implantación”.

En Centroamérica, los conflictos armados habían constituido el núcleo alrededor del cual se articularon los diferentes análisis, discursos y prácticas políticas. No solo los países directamente implicados en situaciones de guerra, sino otros de la región, especialmente México y Costa Rica, pueden dar fiel cuenta de ello, toda vez que en diversas narrativas, testimonios, archivos y exilios se evidencia la centralidad que la crisis centroamericana adquirió en toda el área. Terminadas las guerras civiles, el istmo quedó inmerso en la parte más tardía de la “ola” de la democratización latinoamericana y, de súbito, fue la democratización lo que empezó a articular las preocupaciones, reflexiones y distintas posiciones en torno del proceso sociopolítico de la región.

Si la guerra, la revolución y la contrarrevolución habían sido derroteros fundamentales durante las últimas décadas del siglo xx, el consenso, la democracia y el neoliberalismo se convirtieron en los nuevos cauces del discurso y la praxis política. El auge de los términos transición y democratización en la Centroamérica de los noventa y los dos mil entroncó con el afán “transitológico” y democratizador que empezó a darse en toda América Latina durante los años ochenta. Una vez habilitados y aceitados los mecanismos para el funcionamiento de la democracia formal (proceso impulsado por Washington y las embajadas estadounidenses en alianza con partidos políticos demócrata cristianos en Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua a lo largo de la década de 1980), la región quedó preparada para ingresar de lleno a la ola neoliberal que una década atrás se había empezado a echar a andar en todo el continente.

Fue entonces cuando académicos, políticos de oficio y una amplia gama de líderes de opinión se abocaron a reflexionar en torno de las posibilidades de la consolidación de la democracia política en una zona del continente en la que, a excepción de Costa Rica, esta no había existido. Aunque se ha insistido bastante en ello, es importante no perder de vista que en el caso de las transiciones políticas centroamericanas no se trataba, como en otros países de Latinoamérica (Uruguay, Argentina y Chile, por ejemplo), de un

“retorno a la democracia”, sino de la creación de un sistema político-institucional democrático que partía prácticamente de cero y que *stricto sensu* empezó a edificarse durante los primeros años de la década de 1980 (Villacorta, 2010).

Dentro de la vasta cantidad de literatura disponible acerca de la democracia en América Latina, analistas de diverso signo han señalado el autoritarismo como rasgo constitutivo de las clases dominantes latinoamericanas, identificándolo como uno de los grandes obstáculos para la democratización en el subcontinente (por ejemplo, Villegas, 1995). Dicha raigambre autoritaria se vivió con particular crudeza en Centroamérica, en donde los sectores retardatarios de las oligarquías y las cúpulas militares prefirieron el uso sistemático de la represión a la implementación de medidas reformistas, en pro de una distribución más equitativa de la riqueza y mayores niveles de participación en la vida política. Ni en Guatemala, ni en Nicaragua ni en El Salvador, cuyos esfuerzos revolucionarios pusieron en crisis al istmo durante la década de los ochenta, hubo bipartidismos vigorosos ni experiencias popular-reformistas. Las transiciones a la democracia se dieron allí desde regímenes oligárquico-militares, dictatoriales, que gobernaron casi ininterrumpidamente a lo largo de la mayor parte del siglo xx<sup>3</sup> (Torres-Rivas, 1987).

La literatura producida por las ciencias sociales centroamericanas y centroamericanistas durante la década de 1990 y la primera de 2000 pone de manifiesto que los textos sobre transición política y democracia han ocupado un lugar preponderante en la producción intelectual del istmo y sobre él. No resulta excesivo afirmar que durante la posguerra la democracia se convirtió en la columna vertebral de las inquietudes epistemológicas, éticas y políticas de centroamericanas y centroamericanos. Pero no porque no se

<sup>3</sup> No fue el caso de Honduras, caracterizado por la alternancia en el poder entre dos grandes partidos: el Partido Liberal y el Partido Nacional, bajo cuyo pacto operó el patrón autoritario en ese país a lo largo del siglo xx.



hayan dado otros fenómenos de primera importancia, como el de la violencia social, sino porque esos fenómenos –el del aumento paulatino de la delincuencia inclusive– empezaron a valorarse en el interior del marco de la construcción de la democracia y a analizarse en función de su incompatibilidad con el proceso de consolidación democrática.

Esto no significa que antes de 1990 no existiera preocupación respecto de la democracia. Al contrario, los principales actores del conflicto enarbolaron discursos democráticos y propusieron la democracia como una de las conquistas fundamentales entre sus derroteros políticos. De hecho, diferentes reconstrucciones de la historia de Centroamérica coinciden en señalar la ausencia total de democracia como uno de los detonantes del estallido revolucionario a nivel subregional. Antes y durante la guerra, la democracia se proyectaba en el horizonte como una meta a la cual era indispensable llegar. Conseguir la convivencia democrática entre actores pro, anti y pseudodemocráticos en una plataforma común significó la renuncia o puesta entre paréntesis de determinadas aspiraciones, convicciones y posiciones ideológicas. De la dificultad que supuso esa empresa habla bien la inmensa cantidad de reflexiones surgidas al respecto.<sup>4</sup>

Dentro del mundo académico, la atmósfera “democratizante” sirvió de caldo de cultivo para el desarrollo de la ciencia política en la región; los estudios comparados fueron una metodología frecuente dentro de esta disciplina. Razones históricas y académicas abrieron cauce a la confluencia analítica entre los procesos centroamericanos y los procesos en otras partes del continente y del globo terráqueo. Los conceptos *transición*, *consolidación* y *calidad* de la democracia no surgieron en Centroamérica. Las y los centroamericanos que empezaron a hacer uso de ellos como cosa de todos los días, adaptándolos a sus propias circunstancias y dotándolos de

<sup>4</sup> Un recuento representativo de bibliografía publicada sobre democracia en Centroamérica puede verse en Villacorta (2010, pp. 6-10).

nuevos significados, los heredaron de autores que venían pensando en las transiciones políticas desde regímenes autoritarios desde una década atrás. No le falta razón al filósofo mexicano Mario Magallón cuando afirma que, en lo que respecta al manejo de esa terminología, los intelectuales del istmo “se subieron a caballo ensillado” (Magallón, 2003, p. 154).

Las posibilidades de intercambio político abiertas con la pacificación distaron mucho de la utopía democrática nebulosamente prefigurada o infundadamente rechazada por los actores políticos locales. Y es que una cosa era proclamar la lucha por la conquista de la democracia o su defensa en contra de quienes impedían su concreción –lo cual ubicaba a la democracia en el territorio de lo abstracto– y otra muy diferente tener que edificarla junto con el mismo enemigo al cual pocos años antes se había pretendido eliminar. La democracia como problema práctico, compartido por los diversos actores políticos, y los recambios que operaron en el mundo a partir del fin de la Guerra Fría desencadenaron un viraje discursivo hacia posiciones moderadas que podría resumirse como un desplazamiento entre el eje analítico democracia-revolución (propio de la guerra) hacia el eje cualitativa y terminológicamente distinto transición-consolidación de la democracia (propio de la posguerra). Proliferó entonces la literatura transitológica y democratizante en Centroamérica.

Entre sus autores no solo han destacado figuras académicas, sino que han sobresalido también líderes políticos de izquierda y de derecha, comentaristas y analistas coyunturales, autoridades universitarias y directores de organismos no gubernamentales. Un lente aún más amplio permite observar que periodistas, grupos feministas, pastores religiosos, autoridades eclesiásticas, artistas y críticos de arte, entre otros sectores de la sociedad civil, incorporaron la democracia y las múltiples dificultades para su construcción como temas importantes en sus reflexiones y agendas, en sus modos de observar los acontecimientos, en sus maneras de

ejercer la crítica social y de influenciar la opinión de sus respectivos auditorios.

Que esto es así lo revela la gran variedad de aspectos que se asociaron con la democracia. Allí encontramos tratamientos de lo democrático circunscritos al ámbito político, como sería lo relativo a los partidos, la institucionalidad, la cultura democrática, el ejercicio electoral y los rebrotes autoritarios. Pero encontramos también la problematización de la democracia en términos de sus vínculos con la violencia social, la criminalidad, la seguridad pública, la desmilitarización y desmovilización de los excombatientes, las posibilidades del desarrollo económico regional, el papel de los medios de comunicación, la conciencia de género, la impartición de justicia, la integración centroamericana y el fortalecimiento del sistema de salud. Otros temas que también fueron objeto de numerosas reflexiones e indagaciones en relación con la democracia fueron: la corrupción, la delincuencia juvenil, los derechos humanos, el desafío medioambiental, la promoción cultural y el palpitante –pero oficialmente ignorado por los gobiernos de derecha e izquierda– asunto de la recuperación de la memoria histórica, etc.

La multiplicidad de títulos, autores e instancias patrocinadoras que confluieron en el interés por explicar y apuntalar la democratización centroamericana refleja cómo no solo los políticos e intelectuales, sino también las instituciones emergentes y preexistentes y los diversos sectores sociales tuvieron que replantear su quehacer y meditar acerca del necesario reacomodo que el nuevo contexto político les impuso. Una forma de interpretar esta explosión de discursos democratizadores tres décadas después de que empezaron a producirse sería observándolos como un conjunto de respuestas diversas frente a la pregunta de fondo acerca de qué papel correspondía jugar a los partidos políticos, a la izquierda, a la derecha, al centro, a los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, a los profesionales, a los trabajadores, a las mujeres, a los jóvenes, a los artistas, a los comerciantes, a los medios de comunicación, a las ONG nacionales y extranjeras, a las agencias de cooperación y a las grandes mayorías

que continuaron siendo socioeconómicamente excluidas, en la reconstrucción de países que estaban aprendiendo a barajar sus diferencias políticas por medio de mecanismos democráticos. Y más aún, ¿qué tipo de democracia defendería cada uno?

Entre este conjunto de voces y sectores vivos, muchos han mostrado, y continúan haciéndolo, voluntad genuina de superar autoritarismos e inequidades atávicas en la región. Pero antes de que se lograra avanzar en la construcción de fundamentos sólidos para la puesta en marcha de esos debates de fondo acerca de los significados y sentidos de la democracia y sus derroteros, la precaria institucionalidad centroamericana fue desmantelada. Asediada por rancias y retardatarias oligarquías resilientes; por élites emergentes, devenidas de nuevas burguesías y clanes familiares, de sectores ligados al crimen organizado o nacidas en el propio seno de las cúpulas de las izquierdas exrevolucionarias; por grupos y prácticas militares que sobrevivieron a las “olas” democratizadoras; por una espiral de violencia que parece irresoluble; y por un orden internacional que tolera, favorece o propicia prácticas antidemocráticas y corruptas, la naciente y endeble democracia centroamericana parece agonizar sin remedio ante la mirada atónita y desconcertada de propios y extraños.

Guatemala continúa controlada por oscuras fuerzas de origen contrainsurgente que, tras perpetrar uno de los mayores genocidios en el continente americano, se entronizaron como poderes políticos y económicos, y clausuraron la posibilidad de emergencia a movimientos populares o progresistas (Uc, 2014). La movilización social en torno al destape de la corrupción en las más altas esferas del Estado en 2015 y la posterior desarticulación de la instancia emanada para contrarrestarla –la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala (CICIG)– evidencian una correlación de fuerzas favorable a los sectores retardatarios de esa sociedad.

Honduras estuvo hasta finales de 2021 gobernada por los poderes fácticos que en 2009 dieron golpe de Estado al presidente electo

Manuel Zelaya.<sup>5</sup> Mientras se encontraba Juan Orlando Hernández en la presidencia (2010-2014), la justicia estadounidense inició una causa contra su hermano, acusado de narcotráfico. Las caravanas migrantes que desde noviembre de 2017 expulsan en masa a población hondureña y de otras nacionalidades centroamericanas son la más notoria evidencia de la incapacidad de los Estados de la región para ofrecer garantías básicas a mayorías populares agobiadas por la violencia, la pobreza, la marginalidad, el desempleo y la exclusión. En enero de 2022, Xiomara Castro, esposa de Manuel Zelaya, asumió la presidencia de la república, pero hasta ahora las prácticas del Partido Libre, emanado de la crisis posgolpe y ahora gobierno, no se distancian de las tradicionales componendas entre cúpulas políticas, propias del bipartidismo secular en ese país.

Honduras y su partido progresista en el poder parecen estar siguiendo los pasos del FMLN en El Salvador. Ex fuerza revolucionaria devenida partido político a raíz de los Acuerdos de Paz, el FMLN se hizo del poder ejecutivo por la vía electoral en 2009 y permaneció en él hasta 2019, año en el que fue derrotado por el actual presidente Nayib Bukele. Tal derrota marcó el inicio del “fenómeno Bukele”,<sup>6</sup> conocido a nivel continental, y el descalabro electoral del partido de izquierda, que quedó reducido a su mínima expresión en el lapso de dos años. Bukele se caracteriza por haber concentrado en su nuevo partido, Nuevas Ideas, y en su persona, la capacidad decisoria de los tres poderes del Estado. Contando con arrolladora adhesión en las urnas y amparado en el respaldo popular, Bukele declaró estado de excepción en marzo de 2022 y está encarcelando en masa a los jóvenes de barrios populares en ese país (Bergman, 1 de marzo de 2023).

Nicaragua, el icónico país de la revolución en América Central, se debate hoy en una feroz polarización entre sectores que continúan apoyando a Daniel Ortega y una heterogénea oposición que

<sup>5</sup> Análisis de la crisis política hondureña pueden leerse en De Gori et al. (2018).

<sup>6</sup> Para una aproximación a la explicación del “fenómeno Bukele”: Villacorta (2022).

denuncia las prácticas autoritarias, represoras, corruptas y perpetuadoras del neoliberalismo por parte del gobierno de Ortega. El momento más álgido en la confrontación entre estas dos alas se produjo en abril de 2018.<sup>7</sup> Pero la grieta evidenciada en tal coyuntura no se ha cerrado y el régimen ha desplegado una persecución sistemática contra la oposición, que llegó a los extremos de la cárcel y el exilio masivo.

Rotsay Rosales-Valladares y Alejandro Molina Ramírez (2022) desarrollan un exhaustivo análisis, tras tres décadas de transición y consolidación de la democracia en la región y encuentran núcleos comunes tales como: 1) la fragilidad de los aparatos estatales; 2) el vigor con el que las élites económicas y políticas han sobrevivido a los cambios propios del fin de la guerra fría y el advenimiento del nuevo milenio; 3) el constante acecho de poderes transnacionales e ilegales al correcto funcionamiento de las instituciones; 4) la corrupción, que alcanza incluso a los niveles más altos en la escala de mando del gobierno, como son los presidentes de diferentes países de la región; y 5) la desafección hacia la democracia como nota característica, tanto de los diversos actores protagónicos en la toma de decisiones, como de las ciudadanía centroamericanas.

A juicio de los autores, la debilidad y cooptación de los Estados centroamericanos por parte de las oligarquías regionales se recrudeció y evidenció a raíz de la pandemia. La crisis devenida de la situación pandémica –detalladamente descrita–<sup>8</sup> constituye el escenario en el cual se produjeron las conmemoraciones del bicentenario a nivel regional. El texto apunta a recuperar preguntas caras para la historia reciente del istmo, vinculadas al rol y autonomía del Estado, sobre todo en materia de reforma tributaria y recaudación fiscal. Tal como es expuesto de modo enfático y crítico, ahí reside uno de los mayores obstáculos en la consolidación de la

<sup>7</sup> Ver Aguilar-Antunes, De Gori y Villacorta (2019).

<sup>8</sup> Otro análisis regional de los efectos de la pandemia en la región puede verse en Arévalo (2021).

democracia en Centroamérica: en la negativa de las élites económicas a pagar impuestos y en su determinación a clausurar reformas populares, incluyentes, progresistas. Coinciden en esta valoración con otras miradas que intentan, también, comprender los obstáculos del istmo en su arduo esfuerzo por superar sus atavismos seculares (Villacorta, 2021).

Ante tan ensombrecido panorama y como corolario de estos análisis, no queda más que constatar que los Acuerdos de Paz y la transición a la democracia contuvieron la hostilidad bélica sin terminar con los conflictos estructurales que parecen condenar a Centroamérica a profundizar su situación de crisis permanente (Sobre la Mesa CIEP-UCR, 21 de noviembre de 2018; Pérez Brignoli, 2019; Videoconferencias FCPyS, 13 de octubre de 2020). Un sinfín de preguntas e incertidumbres se abren frente al hecho de que ni la paz pacificó, ni la democracia democratizó la región. Antes de avizorar un camino hacia esas interrogantes y sus posibles respuestas, es necesario subrayar las particularidades del contexto geopolítico y su peso en la explicación del fracaso de la democracia centroamericana.

## **Democracia de fachada y transición neoliberal en Centroamérica**

La fragilidad de ese conjunto de pequeños Estados nación ubicados en América Central los ha forzado a buscarse y a encontrarse de hecho los unos a los otros en más de un sentido. La enumeración con la que inicia este trabajo reúne un conjunto de ejemplos patentes acerca de cuán estrechos y profundos son los vasos comunicantes que mantienen conectados entre sí a los países del área. Fenómenos semejantes se han manifestado, con sus respectivas particularidades, en todos ellos (a excepción de Costa Rica). Y así como en la llamada pacificación del istmo intervinieron los gobiernos regionales, a través de la iniciativa que fue Esquipulas II

(Toussaint, 2007), al proceso de democratización los países centro-americanos concurren en conjunto. Esta no fue ni tenía por qué ser la excepción.

Además de la consideración regional, se hace necesario, para completar el cuadro, un marco geopolítico. Cuestionando el entusiasmo “prodemocrático”, voces críticas desenmascararon los intereses ocultos tras las “olas democratizadoras”. En 1985, Ruy Mauro Marini puso de manifiesto la funcionalidad de la democracia formal respecto del proyecto neoliberal (Marini, 2007 [1985]). En un análisis que da preponderancia al papel del imperialismo en la instrumentación de la democracia en América Latina –a contracorriente del enfoque transitológico que empezaba a convertirse en hegemónico, proclive a prescindir de la injerencia extranjera en sus consideraciones sobre las transiciones a la democracia–, Marini da cuenta del papel protagónico de las Fuerzas Armadas en los diversos países latinoamericanos como aliadas de la Casa Blanca en la instauración de medidas neoliberales. Al mostrarse las dictaduras militares incapaces de garantizar la estabilidad política necesaria para el replanteamiento del orden económico, en aras de garantizar “el libre juego del capital, reduciendo la capacidad intervencionista del Estado” (Marini, 2007 [1985], p. 3), los mandos castrenses habrían sido desplazados del favor de Washington, necesitado de nuevos actores que allanaran el camino hacia el ajuste estructural. El gobierno estadounidense buscó entonces como aliados partidos políticos dispuestos a someterse al juego electoral.

En Chile y Argentina las políticas de estabilización y ajuste estructural empezaron a ser implementadas por las dictaduras militares, tras cuya caída se puso en boga el concepto de *transición a la democracia*. Eso explica que diversos analistas suramericanos definan las etapas de su historia reciente en términos de una dictadura neoliberal a la cual le siguió una democracia neoliberal, subrayando que la modificación en el ámbito político no impidió la continuidad del proyecto económico. En Centroamérica, neoliberalismo y consolidación de la democracia vinieron de la mano, justo



después del fin de la crisis en el istmo. La creciente pérdida de derechos ciudadanos que devino con las políticas de ajuste estructural repercutió negativamente sobre la incipiente consolidación de la democracia por dos razones básicas. Primero, porque el empobrecimiento de la mayor parte de los posibles electores cercenó la legitimidad de los regímenes democráticos. ¿Para qué la democracia si las condiciones de vida de las mayorías empeoraron respecto de las que se tenían durante los regímenes autoritarios? El politólogo argentino Atilio Borón recupera el diagnóstico del marxista ecuatoriano Agustín Cueva sobre la “desciudadanización” padecida en América Latina y subraya el paulatino fortalecimiento de las figuras del mendigo y del narcotraficante. Figuras que, dada su intrínseca marginalidad, no se vinculan con la credibilidad en el sistema democrático (Cueva, 1990, citado en Borón, 2003).

En segundo lugar, el debilitamiento del Estado favoreció el secuestro del aparato electoral por parte de los dueños del capital. Las condiciones de participación en las contiendas no son equitativas. Aunque los propios sistemas electorales están diseñados para la alternancia de gobernantes y proporcionen mecanismos institucionales para hacerlo, con frecuencia quienes poseen el dinero para financiar campañas, comprar políticos y maniobrar en el juego de la política cuentan con muchas ventajas para inclinar la balanza a su favor y definir el rumbo económico de los países.

El politólogo cubano Roberto Regalado analizó la “democracia neoliberal o tutelada” en una obra en la que dio por clausurada la vía socialdemócrata; con ello cuestionaba el giro de las izquierdas latinoamericanas hacia lo electoral entendido como fin y no como medio efectivo de transformaciones revolucionarias. Respecto del concepto de *democracia* al uso, Regalado asegura:

El neoliberalismo desarrolla su propio concepto de democracia. La democracia neoliberal se caracteriza por el culto a los elementos formales de la democracia burguesa, tales como el pluripartidismo, las elecciones periódicas, el voto secreto, el rechazo al fraude,

la alternancia en el gobierno y otros, pero con un Estado desprovisto de la capacidad de ejercer el poder político real (Regalado, 2006, pp. 83-84).

Debilitamiento del Estado, pauperización del empleo, desprotección del trabajador, políticas antisindicales, privatizaciones, importancia capital de las migraciones y los recursos generados por los migrantes, incentivo de las exportaciones no tradicionales, disminución de los gravámenes a las élites económicas, aumento de tasas impositivas para el consumo, incremento de la inversión extranjera sin regulación estatal, estancamiento de la economía y aumento del abstencionismo electoral fueron todos rasgos del ajuste estructural que transformaron, también, la Centroamérica democrática de los años noventa y dos mil. Ajuste basado, a su vez, en la raigambre autoritaria del orden internacional, tal como insistía Borón (2003).

La exigencia de democratización impuesta a los países de la periferia contrasta con la antidemocracia en los asuntos financieros, científicos, tecnológicos, ecológicos, militares, sociales y culturales que atañen al conjunto de la humanidad. Ni el Fondo Monetario Internacional (FMI), ni el Banco Mundial (BM), ni el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), ni la Organización Mundial del Comercio (OMC), ni las transnacionales, ni los países industrializados, ni ninguno de los actores que toman las decisiones económicas que afectan al conjunto de la población mundial están regulados democráticamente; y en los foros en los que concurren los distintos países a deliberar sobre el futuro de la economía del mundo los países periféricos son omitidos e invisibilizados (Villacorta, 2010). El filósofo mexicano Mario Rojas ofrece un relevante aporte a este debate con su estudio exhaustivo de un aspecto nuclear de la economía global: el mercado financiero. La sistematización de datos e informes de economistas especializados que nutren sus reflexiones permite constatar que los administradores del capital presionaron por la implementación de la política neoliberal a nivel mundial, con el

objeto de reducir al mínimo la soberanía de los países periféricos e incrementar al máximo su situación de dependencia respecto de los grandes poderes.

Por medio de la realización de préstamos, el cobro de elevadas tasas de interés, la adquisición de bancos de reserva y empresas nacionales rentables, las transnacionales y las súper potencias mermaron el margen de acción de los Estados nación de la periferia, cuyos gobiernos quedaron a merced de las decisiones del gran capital. Las cúpulas megaempresariales y las élites de las bolsas de valores, apoyadas por los organismos de financiamiento como el FMI, el BM, el BID y la OMC, empezaron a encontrar más rentable especular con el plusvalor mundial en el mercado financiero que incentivar la producción. Se ingresó entonces a la era de la desregulación financiera y la inversión especulativa. Rojas describe el ámbito financiero como un supermercado especulativo –ubicado en rascacielos y operando en ordenadores que calculan infinidad de cifras por segundo– en el que el dinero se reproduce a sí mismo por medio de movimientos bursátiles sustentados en endeudamientos, devaluación de monedas locales y descalabro económico de bancos, países y regiones enteras.

El debilitamiento de los Estados (por supuesto, no de todos los Estados) promovido por tal modelo no ha desembocado, como se ofreció, en un libre juego de oferta y demanda en el que todos compiten en igualdad de condiciones. Lo que ha conseguido, porque para eso fue diseñado, ha sido facilitar que unos cuantos enclaves geográficos y un conjunto de consorcios comerciales se conviertan en propietarios de los recursos, bienes y servicios que millones de trabajadores producen a lo largo y ancho del mundo.

La contienda, de proporciones globales, para apropiarse de la riqueza a través de la “manipulación financiera” es la fuerza rectora detrás de la crisis. Es también el origen de la agitación económica y de la devastación social. Esta manipulación de las fuerzas del mercado

por agentes poderosos constituye una forma de guerra financiera y económica (Chossudovsky, citado en Rojas, 2008, p. 50).

También dentro del campo de la filosofía, pero específicamente de la historia de las ideas en América Latina, se encuentra el abordaje sobre la democracia ofrecido por la filósofa argentina Estela Fernández Nadal (2007). La autora sintetiza las críticas hacia la imbricación entre neoliberalismo, democracia y globalización y su impacto sobre América Latina en los siguientes términos:

La asociación de los gobiernos postdictatoriales latinoamericanos a las políticas neoliberales redujo la política a un concepto meramente administrativista de “gestión” y la subordinó al poder económico y a sus objetivos de maximización de las ganancias. Una vez producida la identificación democracia = mercado, no resultó difícil cuestionar la legitimidad de todas las conquistas laborales y sociales obtenidas durante décadas de lucha popular [...] Se desmanteló todo el andamiaje de funciones y servicios estatales de carácter social, se orientaron todos los fondos públicos hacia la subvención de las grandes empresas y al pago de la deuda externa. En definitiva, se transformó a los Estados en empleados obedientes de los organismos económicos internacionales (BM, FMI, OMC), que dispusieron desde entonces del destino de pueblos enteros, a espaldas de sus intereses y mediante mecanismos completamente autoritarios. Los políticos locales ocultaron su impotencia o su complicidad tras un discurso que invocaba la fatalidad del mercado y naturaliza el actual modelo de acumulación capitalista global. Así se consumó la confiscación del poder ciudadano en manos de la “clase política”; la supuesta “representación” del “interés general” se trocó en sustitución y manipulación.

Al término de ese recorrido por las décadas de los 80 y 90, constatamos que la democracia, en cuya recuperación se habían depositado tantas esperanzas, quedaba reducida al papel de una fachada decorativa que permitía encubrir la sumisión de los intereses de las grandes mayorías y de los derechos inherentes a la reproducción de la vida humana y a la conservación de la naturaleza, a los intereses anónimos del poder financiero y militar mundial, concentrado en

un puñado de grupos empresariales de carácter monopolístico y multinacional. El resultado de todo ello es la pérdida de credibilidad social de la democracia, que se expresa claramente en la despolitización creciente del ciudadano, el desinterés por los asuntos públicos y el escepticismo con respecto a las posibilidades de cualquier cambio [...] En definitiva, enfrentamos un doble descrédito de la democracia, que ha resultado en la práctica desvirtuada, vaciada de contenido y convertida en su opuesto. Por una parte, en el plano interno, es un disfraz hecho a medida para tapar las políticas impopulares, no sometidas a control ciudadano y decididas a partir de procedimientos autoritarios; por otra, a nivel internacional, ha devenido una vana impostura, llamada a encubrir el surgimiento de un nuevo totalitarismo que se impone a escala mundial (Fernández Nadal, 2007).

Llama la atención la complementariedad de esta postura con la enarbolada por el filósofo vasco-salvadoreño Ignacio Ellacuría cuando, en la década de 1980, al calor de la guerra civil en El Salvador, denominó “fachada democrática” al proyecto del gobierno del Partido Demócrata Cristiano (PDC), encargado de aceitar los mecanismos de la democracia electoral en el país. Se trató de procesos electorales celebrados en medio del fuego cruzado entre el ejército rebelde del FMLN y la fuerza armada; la oposición aún perseguida, exiliada y amenazada de muerte; la izquierda imposibilitada de acceder a canales legales de representación; la actividad paramilitar operando impunemente; la población padeciendo persecución militar; las organizaciones sociales diezmadas; limitada la movilización social; prolongado el estado de sitio; la incipiente institucionalidad en crisis... Y, por si todo ello fuera poco, el entonces presidente Napoleón Duarte reconocía que era el gobierno de Estados Unidos quien verdaderamente ejercía el mando detrás del trono (Villacorta, 2017). En palabras de Ellacuría: “Los avances democráticos en El Salvador tienen carácter de fachada. Fachada de una situación profundamente antidemocrática y fachada de un proyecto militar contrainsurgente norteamericano” (Ellacuría, 1991 [1986], p. 271).

Tras tres décadas de neoliberalismo pesando sobre las sociedades latinoamericanas y a la luz de múltiples análisis como los aquí citados de modo representativo (no exhaustivo), no cabe duda de que esa “fachada democrática” con la que pretendió disfrazarse la política contrainsurgente en Centroamérica obedecía a un objetivo mayor: la globalización neoliberal, la financierización de la economía a escala global. Como afirma Fernández Nadal, el sentido de la palabra *democracia* se trocó en su opuesto: la antidemocracia propia del mercado y sus modos autoritarios de imponerse. Si Ellacuría ponía la lupa sobre el caso salvadoreño y sus intrínquilos domésticos, los demás autores y autoras completan el cuadro latinoamericano y mundial en el cual El Salvador y los demás países se han desenvuelto. Lejos de democracias, se instauraron mecanismos electorales de legitimación de la concentración de los poderes financieros. Centroamérica lo muestra de modo patente con su violencia social y delincencial desbordada, su migración masiva, la pauperización de su población, la depredación ambiental, la persecución sistemática de las comunidades indígenas y afrodescendientes en la guerra por la implantación de la minería y la extracción de los recursos naturales.<sup>9</sup>

Por duro que sea, es necesario reconocer que tantas expectativas y energías diplomáticas, sociales, políticas e intelectuales puestas en la democracia obviaron la realidad de fondo: la verdadera consolidación se encaminó no hacia la democracia, sino hacia un nuevo orden económico predatorio, autodestructivo y totalitario. No se transitó hacia la democratización, sino hacia reacomodos elitistas en el nuevo escenario de la posguerra fría. El agotamiento de las izquierdas en la región obedece a ello, porque sus dirigentes históricos fueron fagocitados por la lógica del mercado financiero. Una imprescindible tarea pendiente es la valoración crítica y autocrítica de esas izquierdas otrora poderosas en su horizonte

<sup>9</sup> Para un balance reciente del extractivismo en Centroamérica, ver León y Guillén (2022).

revolucionario, hoy anquilosadas y caducas, cuando no intrascendentes. En América Central no hay democracia porque nunca la hubo, porque lo que intentó hacerse pasar por tal no lo era y porque siguen sin sentarse las bases para su construcción.

En una conferencia magistral dictada en marzo de 2023 en la Universidad de Costa Rica, el historiador salvadoreño Héctor Lindo (WebTV [WebTVUCR], 20 de abril de 2023) analiza el gobierno de Nayib Bukele en perspectiva histórica, comparándolo con otros regímenes que presentaron en El Salvador características semejantes: el del presidente civil Alfonso Quiñonez (1914-1927) y el del general Maximiliano Hernández Martínez (1931-1944), responsable del genocidio de 1932. Se trata de ejercicios “personalistas” del poder, que Lindo observa en función de tres criterios: la mentira, el miedo y la prosperidad económica, como “patas del taburete” sobre el que se sostiene el poder autoritario. Acerca de esta naturaleza autoritaria, antidemocrática y regresiva que pervive y se reactualiza en Centroamérica escribió prolíficamente Edelberto Torres Rivas, que llegó a hablar, incluso, de “democracias malas” en su aporte a la comprensión del golpe de Estado en Honduras, en 2009 (Torres Rivas, 2010). En ese mismo espíritu crítico, reflexivo e histórico, el examen de los patrones recurrentes debe servirnos para emprender hondas reflexiones en torno de los procesos, decisiones y omisiones que nos han conducido hasta aquí, y abrir, de esta manera, espacio a caminos distintos. Al final de la conferencia magistral de Lindo, un asistente en la sala de la UCR lanzó una pregunta que vale la pena retomar: “¿Perdió Centroamérica una oportunidad?”. Es la inquietud con la que se cierra este trabajo y que deja abierta toda una agenda de investigación y análisis. ¿Perdió Centroamérica la oportunidad de caminar hacia una democracia auténtica, asumiendo la injusticia estructural como su más caro e indispensable escollo a resolver?

Observada desde el punto de vista de las denodadas y sangrientas luchas populares por transformaciones básicas del sistema político, la actual regresión autoritaria en Centroamérica orilla

el desconcierto, la angustia y la desesperanza. No obstante, considerada desde el punto de vista de este encuadre de la democracia formal dentro de la lógica del capital financiero, lo que está sucediendo en el istmo desenmascara la nuda realidad de los teatros electorales, con sus fachadas, sus disfraces y sus máscaras. He aquí el potencial de la crisis actual, como corolario de la “crisis permanente” que asola a Centroamérica. No se trata únicamente de la delgada cintura de América, su oscuro presente y su incierto futuro. Se trata del modo en que ese pequeño, geoestratégico, dramático y significativo territorio muestra la inviabilidad de este sistema. La perenne crisis centroamericana devela la crisis civilizatoria de la cual es indispensable salir, si es que deseamos la sobrevivencia del planeta y de la especie humana.

## **Bibliografía**

Aguilar-Antunes, Aleksander; De Gori, Esteban y Villacorta, Carmen Elena (comps.) (2019). *Nicaragua en crisis. Entre la revolución y la sublevación*. Buenos Aires: CLACSO. <https://www.clacso.org/nicaragua-en-crisis-entre-la-revolucion-y-la-sublevacion/>

Arévalo, Amaral (2021). *Covid 2019. Nuevas enfermedades, antiguos problemas en Centroamérica*. Buenos Aires: CLACSO. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/handle/CLACSO/11527>

Bergman, Marcelo (1 de marzo de 2023). Las cárceles de El Salvador: un desafío para Latinoamérica. *Fundación Foro del Sur*. <https://www.forosur.com.ar/blog/las-carceles-de-el-salvador-un-desafio-para-latinoamerica>



Bermúdez, Lilia (1989 [1987]). *Guerra de baja intensidad. Reagan contra Centroamérica*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Borón, Atilio (2003). *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO. <https://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/estado/estado.html>

Ching, Erik; López Bernal, Carlos Gregorio y Tilley, Virginia (2007). *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador*. San Salvador: UCA.

Córdova Macías, Ricardo et al. (2007). *Construyendo la democracia en sociedades posconflicto. Guatemala y El Salvador, un enfoque comparado*. Guatemala: IDRC, FyG.

De Gori, Esteban et al. (2018). *Golpe electoral y crisis política en Honduras*. Buenos Aires: CLACSO. [http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20181031034134/Golpe\\_Honduras.pdf](http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20181031034134/Golpe_Honduras.pdf)

Ellacuría, Ignacio (1991 [1986]). *Escritos políticos: Tomo 1*. San Salvador: UCA.

Fernández Nadal, Estela (2007). Crítica y reformulación del concepto de democracia en la filosofía política latinoamericana actual. *Intersticios. Filosofía/Arte/Religión*, 12, 99-119.

Magallón, Mario (2003). *La democracia en América Latina*. México: CCyDEL-UNAM, Plaza y Valdés.

Marini, Ruy Mauro (2007 [1985]). *La lucha por la democracia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/cuadernos/marini/marini.pdf>

León, Andrés y Guillén, María (2022). Geopolítica del extractivismo en Centroamérica. En Denia Román et al. (coords.), *Historia, actualidad y cuestionamientos sobre la región centroamericana en su*

*Bicentenario*. São Paulo: EACH, O Istmo. <https://www.livrosabertos.sibi.usp.br/portaldelivrosUSP/catalog/book/943>

WebTV [WebTVUCR] (20 de abril de 2023). El fenómeno Bukele en el contexto de la historia autoritaria de El Salvador [Video]. YouTube. [Transmisión en vivo de la lección inaugural de Héctor Lindo en Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica: “El fenómeno Bukele en el contexto de la historia autoritaria de El Salvador”]. <https://www.youtube.com/watch?v=GFTVaUIGcQQ>

O Istmo (17 de julio de 2020). Nuestro boletín #1 en CLACSO: Pandemia y pandemonio en Centroamérica. <https://oistmo.com/2020/07/17/nuestro-boletin-1-en-clacso-pandemia-y-pandemonio-en-centroamerica/>

Pérez Brignoli, Héctor (2019). Otra vez la crisis centroamericana. En David Arias y Christine Hatzky (eds.), *¿Cuándo pasará el temblor? Crisis, violencia y paz en la América Latina contemporánea*. San José: CIHAC (UCR). <http://www.calas.lat/es/publicaciones/revistas/¿cuándo-pasará-el-temblor>

Regalado, Roberto (2006). *América Latina entre siglos: dominación, crisis, lucha social y alternativas de la izquierda*. Melbourne, Nueva York, La Habana: Ocean Press.

Rojas Hernández, Mario (2008). *Globalización financiera, despojo y radicalización de la dominación capitalista*. México: Driada.

Rosales-Valladares, Rotsay y Molina Ramírez, Alejandro (2022). Conflictos, regresiones políticas y otras convulsiones en la Centroamérica actual. En Denia Román et al. (coords.), *Historia, actualidad y cuestionamientos sobre la región centroamericana en su Bicentenario*. São Paulo: EACH, O Istmo. <https://www.livrosabertos.sibi.usp.br/portaldelivrosUSP/catalog/book/943>

Sobre la Mesa CIEP-UCR [sobrelamesaUCR] (21 de noviembre de 2018). Centroamérica en crisis [Video]. YouTube. [Conversatorio desarrollado por investigadores de la Universidad de Costa Rica (UCR)]. <https://www.youtube.com/watch?v=ma5SMF6yLRE>

Torres Rivas, Edelberto (1987). ¿Quién destapó la caja de Pandora? (Reflexiones sobre la crisis y los actores del conflicto en Centroamérica). En Daniel Camacho y Manuel Rojas B. Manuel (eds.), *La crisis centroamericana*. San José: EDUCA-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Torres Rivas, Edelberto (2007). ¿Qué democracias emergen de una guerra civil? En Waldo Ansaldi (Comp.), *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Torres Rivas, Edelberto (2010). Las democracias malas de Centroamérica. Para entender lo de Honduras, una introducción a Centroamérica. *Nuso*, (226). <https://nuso.org/articulo/las-democracias-malas-de-centroamerica-para-entender-lo-de-honduras-una-introduccion-a-centroamerica/>

Toussaint, Mónica (2007). Centroamérica: entre la guerra y la paz. Del pacto de Corinto a los Acuerdos de Esquipulas. *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, (45), 157-192. [https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1665-85742007000200157&script=sci\\_abstract&tlng=es](https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1665-85742007000200157&script=sci_abstract&tlng=es)

Turcios, Roberto (2003). *Autoritarismo y modernización*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos.

Uc, Pablo (2014). La intermitente democracia en Centroamérica: reflexiones y recomendaciones. Buenos Aires: CLACSO. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20140909092711/PBFinalUc.pdf>

Vázquez, Daniel y David, Jean-Marc (27 de enero de 2023). 10 puntos sobre el laberinto político en Honduras. *El Grand Continent*. <https://legrandcontinent.eu/es/2023/01/27/10-puntos-sobre-el-laberinto-politico-en-honduras/>

Vázquez, Mario R. (1999). Del desafío revolucionario a la reforma política. El Salvador, 1970-1992. En Ignacio Sosa (coord.), *Insurrección y democracia en el Circun Caribe*. México: CCyDEL-UNAM.

Vallejo, Antonio (12-15 de julio de 2010). Las relaciones Honduras-Estados Unidos en la década de 1980: una historia de contradicciones para el pueblo hondureño y centroamericano [ponencia]. x *Congreso Centroamericano de Historia*. Managua, Nicaragua. [https://www.academia.edu/11642262/Las\\_relaciones\\_Honduras-Estados\\_Unidos\\_en\\_la\\_d%C3%A9cada\\_de\\_1980\\_una\\_historia\\_de\\_contradicciones\\_para\\_el\\_pueblo\\_hondure%C3%B1o\\_y\\_centroamericano](https://www.academia.edu/11642262/Las_relaciones_Honduras-Estados_Unidos_en_la_d%C3%A9cada_de_1980_una_historia_de_contradicciones_para_el_pueblo_hondure%C3%B1o_y_centroamericano)

Videoconferencias FCPyS [VideoconferenciasFCPyS] (13 de octubre de 2020). VIII Coloquio Internacional CELA. Autoritarismo, Corrupción y Crisis [Video]. YouTube. [Conferencia magistral de Leticia Salomón, Universidad Autónoma de México]. [https://www.youtube.com/watch?v=HPeU\\_j3-GJc](https://www.youtube.com/watch?v=HPeU_j3-GJc)

Villacorta, Carmen Elena (2010). *Democracia electoral y neoliberalismo en El Salvador. La transición política salvadoreña entre 1979 y 2009* [Tesis de maestría]. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). <http://132.248.9.195/ptb2010/julio/0659585/Index.html>

Villacorta, Carmen Elena (2017). *El Partido Demócrata Cristiano (PDC) en la Realidad Histórica de El Salvador. Incidencia de la ideología y la praxis socialcristiana en la transición política salvadoreña (1960-1989)*. [Tesis de doctorado]. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). <http://132.248.9.195/ptd2017/enero/507452144/Index.html>

Villacorta, Carmen Elena (2021). Estados de fachada y democracias fallidas en Centroamérica. ¿En busca de la nación o las naciones? En Rafael Cuevas, Andrés Mora y Abner Barrera (eds.), *Visiones sobre Centroamérica. En el 200 aniversario de su independencia. Vol. II*. Costa Rica: Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional de Costa Rica (IDELA/UNA); Editorial de la Universidad Nacional (EUNA).

Villacorta, Carmen Elena (2022). Impoliticidad, comunicación y elecciones en El Salvador. En Wagner Iglecias, Patricia Paixao y Vanesa Martina Silva (eds.), *Serie PROLAM USP debate Volumen 5, América Latina: comunicación y política*. São Paulo: EACH Ediciones, Universidad de São Paulo. <https://www.livrosabertos.sibi.usp.br/portaldelivrosUSP/catalog/book/764>

Villegas, Abelardo (1995). *Arar en el mar: la democracia en América Latina*. México: CCyDEL-UNAM, Plaza y Valdés.

Winer, Sonia (2013). El papel de Estados Unidos en Honduras. En Esteban De Gori (ed.), *Honduras 2013. Golpe de estado, elecciones y tensiones del orden político*. Buenos Aires: Sans Soleil. <https://www.sanssoleil.es/argentina/producto/honduras-2013-golpe-de-estado-elecciones-y-tensiones-del-orden-politico/>

